

Ver en la oscuridad

El día que el Real Madrid ganó la última copa tiraron petardos en mi calle. Al primero que escuché desgañitándose desde la puerta del bar fue a Manolo. Detrás de él salieron todos y cada uno de los miembros de la peña, seguidos por el resto de clientes y vecinos habituales del local que habían estado viendo allí el partido. Imaginé por un momento las cañas rubias a medio terminar, ya sin espuma, calentándose en el interior de los vasos; también los platos de callos y bravas, ya fríos, sobre la barra de granito pulido, abandonados todos ellos a su suerte, perdido su protagonismo culinario debido al espectáculo deportivo que el televisor había ofrecido durante los últimos minutos del encuentro.

Escuché a Rafael también. Había salido a su balcón, supongo que sin camiseta y con el eterno palillo pendiendo de su labio inferior, ese que decían que no se quitaba ni para dormir; gritaba «campeones, campeones» con una ronca afonía frente a mi ventana. Intentaba corear la recurrente cantinela futbolística sin acertar demasiado ni con la melodía ni con el ritmo. Rafael nunca había tenido un oído demasiado musical, y así se lo hizo saber una voz que no conseguí reconocer, desde alguno de los balcones de mi bloque. Entonces decidí levantarme de la cama y acercarme hasta el ventanal abierto. Noté que la madera del suelo estaba fresca cuando mis pies cavos se acomodaron a la superficie de parquet; una brisa nocturna y fría que venía del exterior atravesó el vano del ventanal, y sentí como un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Al recibir todo aquel ruido me pregunté a dónde habrían ido a parar las golondrinas que solían hacerme compañía durante las últimas horas de la tarde, o los murciélagos oscuros que acostumbraban a darse un festín de mosquitos una vez que el crepúsculo había tomado el barrio.

Percibí un resplandor proveniente del exterior; venía acompañado de un chisporroteo y un silbido agudo que identifiqué con el de un cohete a punto de estallar; fue por eso por lo que me llevé los dos dedos índices hasta los tragos de las orejas, anticipando la inminente deflagración, con el firme propósito de amortiguar el sonido de la explosión que llegaría una vez agotada la mecha. También apreté los párpados instintivamente, pero el estallido no llegó mientras que el *fushhh* y el *shhh* que acompañaba a los resplandores siguieron sin descanso y se multiplicaron a lo largo de la calle. A esa cascada de sonidos se sumó también el de unos silbidos largos y prolongados. Supuse entonces que los vecinos estarían lanzando alguno de esos ingenios pirotécnicos sin explosión repletos de colofonia, dextrina o algún otro componente químico retardador, así que decidí relajarme y apartar los dedos liberando mi oído externo.

Había dejado la ventana abierta porque me gustaba escuchar los sonidos de la calle durante los partidos. Disfrutaba de manera excepcional con aquella sensación que experimentaba al oír las voces que me llegaban desde el bar, solapadas con el estridente rumor de la televisión, al tiempo que yo me enteraba del transcurso del encuentro por la radio. Me gustaba, sobre todo, cuando el comentarista principal comenzaba a emocionarse de forma progresiva por una jugada que arrancaba fuera del área. Si el lance progresaba y terminaba con el balón entre los tres palos, el locutor cantaba el gol en mi casa mucho antes de que la gente del bar —que recibía la señal por satélite— se enterara de que el Madrid ya había marcado. Ese tipo de situaciones eran las que me hacían sentir cierta sensación de superioridad respecto al nutrido grupo de parroquianos que se congregaba en los bajos de mi edificio; me dispensaba así una dosis de auto satisfacción moderada, aunque tan solo se prolongara por unos instantes. Fue esta costumbre recurrente que ponía en práctica los días en los que había partido gracias a la que yo escuché que habíamos ganado la copa mucho antes de que ellos lo vieran.

Era allí, en momentos como ese, tumbado sobre el edredón de plumas sintéticas que cubría la cama de metro noventa que ocupaba gran parte de mi habitación, cuando sentía el placer de las cosas más nimias. Era en esos instantes cuando mi atención percibía las acciones más o menos cercanas y yo reconstruía en mi cabeza lo que estaba haciendo cada uno de los vecinos de mi calle en ese preciso instante. Por eso cuando me levanté de la cama y mi oído se acostumbró a la verticalidad sobrevenida, me dejé contagiar por las explosiones, los gritos y los cánticos que retumbaban por toda la manzana y hacían vibrar los cristales. Sentí entonces como la emoción de la victoria había disparado mis niveles de adrenalina y la euforia colectiva que desbordaba la calle recorría mi interior como un torrente de agua fresca; así que avancé unos pasos y decidí cerrar la ventana, por precaución, antes de salir de casa y unirme a la fiesta, no siendo que algún cohete mal lanzado terminara por aterrizar sobre mi escritorio o por buscar algún refugio combustible entre los pliegues de la colcha de poliéster.

El día que el Real Madrid ganó la última copa me calcé las zapatillas de piel vuelta que había estrenado el día de mi cumpleaños y me puse las gafas de sol que dejaba siempre sobre la mesilla, junto a una botella de agua de litro y medio, mi teléfono móvil y algún libro. Después de pasarme varias veces los dedos por el cuero cabelludo en un vano intento de dominar la mata de cabellos revueltos que conformaban mi pelo, salí del dormitorio y cogí el bastón que siempre dejaba apoyado contra el aparador del vestíbulo. Luego entré en el baño y me despedí de Bongo, a quien había encerrado en aquella pequeña habitación interior sin ventanas por ser el lugar más silencioso de toda la casa, evitando de esta manera que se

asustara innecesariamente con el sonido de los petardos. Nada más atravesar la puerta de contrachapado, noté como se levantaba del cojín de fieltro en el que tanto le gustaba tumbarse y se acercaba a mí, completamente erguido sobre sus cuatro patas, con el cuerpo recto y la cabeza levemente inclinada a la espera de recibir el correaje. «Hoy voy solo» le dije al tiempo que le acariciaba con mi mano derecha en aquel sitio próximo a la nuca que tanto le gustaba, detrás de las orejas, donde su cráneo se hundía levemente para dar paso al cuello. No me entretuve demasiado revolviéndole el pelaje porque no quería perderme la celebración, así que le di unas palmadas amistosas en el lomo y le indiqué que volviera a su rincón, entre la bañera y el retrete de porcelana.

Salí de nuevo al recibidor y me palpé la ropa. Supuse que habría refrescado un poco, pero se me antojó que aquella era una noche calurosa, así que decidí no ponerme nada encima de la camiseta de locales de hacía dos temporadas que vestía aquella tarde con mi nombre impreso en vinilo sobre la parte alta de la espalda. Salí al rellano con decisión y cerré la puerta con quizás demasiada energía, por lo que el portazo resonó en el pasillo. Supuse que si alguno de mis vecinos hubiera mirado por su mirilla en aquel preciso instante, no habría visto nada a lo largo del corredor sumido en la oscuridad. Aguardé unos segundos en silencio, con las llaves aún en la cerradura, a la espera de escuchar la madera crujir al otro lado de las puertas cercanas, pero no oí nada más que el jolgorio de la calle amortiguado por las paredes del edificio, así que giré la llave por tres veces hasta hacer pasar el cerrojo por completo. Ya en el interior del ascensor busqué con las yemas de mis dedos los diminutos puntos en relieve dibujados sobre el botón de la planta baja. Seguramente alguno de los nuevos vecinos había tomado por costumbre pulsar aquella tecla con la punta de sus llaves, porque advertí varios rayones nuevos sobre la placa de metal bruñido.

Cuando el mecanismo puso en movimiento los engranajes del elevador, me dejé mecer por el tenue balanceo que me llevaba lentamente hacia abajo. Escuché como a medida que el ascensor se acercaba a la planta baja, el barullo causado por los cánticos y los petardos del exterior iba progresivamente en aumento. Entonces me sentí por un momento, allí vestido como estaba con la camiseta blanca del equipo, como un jugador avanzando a lo largo del túnel de vestuarios en dirección al césped. Y sentí vértigo, abrumado por el ruido ensordecedor de las voces que cada vez se hacía más y más presente. Quise creer que coreaban mi nombre, pero no estaba seguro porque el bramido del esqueleto de metal del ascensor enmascaraba el canto del gentío; noté en mi interior el rumor apagado de mi torrente sanguíneo, percibí también el bombeo de la sangre en mis oídos causado por el ímpetu adrenalínico que batía en mi pecho. De repente, con una sorda sacudida, el ascensor se detuvo al llegar a la planta baja y la puerta corredera se hizo a un lado. Entonces los gritos, las

voces, los cánticos, entraron en aquel angosto espacio y lo invadieron todo. Y con un arrebató me impulsé hacia adelante, empujando la puerta de seguridad con energía, como si saltara al campo, como si pisara el césped dispuesto a comerme el mundo que tenía ante mí y que lo llenaba todo de ruido.

Cuando salí del portal y el jolgorio compartido del vecindario se convirtió en algo casi tangible, recordé que me había dejado la bufanda en casa, pero no tuve demasiado tiempo de pensar en ello porque alguien se abalanzó sobre mí y justo después noté como mi cuerpo se elevaba cogido por los brazos de varias personas que me subieron a sus hombros. Entonces sí que coreaban mi nombre, supe que mis vecinos coreaban mi nombre como si hubiera sido yo el artífice del gol decisivo. Fue entonces cuando noté la ligereza de mi cuerpo y me creí capaz de echar a volar. Agité los brazos celebrando al victoria, los agité como si fueran alas y con un impulso me elevé entre los vítores y los petardos, entre las voces que coreaban mi nombre, subí y subí, hasta llegar muy por encima de las azoteas de los edificios y sus antenas, y avancé apartando, con la punta del bastón, los cúmulos nocturnos de nubes espesas que supe, sin lugar a dudas, que aquel día dibujaban el techo nocturno de una primavera blanca que cubría toda la ciudad.